

tendian su amistad; y que pues ya eran cristianos, y tenían dada la obediencia al rey, que bajasen de paz, y se les perdonaría por su Magestad aquel alzamiento, y que de no, se les haría cruda guerra: á que respondieron, hiciesen lo que quisiesen, que ellos se defenderían. Salió Ibarra con sus soldados, y apartándose un poco, llegó á un rancho, en donde los principales indios estaban fortificados, y hablando con los caciques á quienes conocía, les requirió con la paz y les amenazó con la guerra: ellos se reían y decían; si tan valiente sois, ¿cómo os fué en el Mixton? Ibarra les respondió, que solo á traición pudieron cantar la victoria; que en breve vendrían de México otros muchos soldados, que los tratarían como merecían: á que los indios, con el seguro de no ser los soldados más que ocho, y ellos muchos y mejorados de puesto, en el que no podrían los nuestros aprovecharse de los caballos, los provocaban á que saliesen, por ver si lograban el rompimiento. Viendo los nuestros la dificultad de avanzarles, se retiraron, y al mismo tiempo cargaron los indios con flechas y piedras, y cuando se creyó que por ser tantos, proseguiesen el alcance en tierra llana, al acometerles los nuestros, se volvieron á empeñolar.

8. Pasó Ibarra á Nochistlan, cuyo peñol halló reforzado con siete albarradas de dos brazadas de grueso, y de alto un estado, y en el peñol más de diez mil indios, con morriones de plumas á su usanza, capitaneados de un indio zacateco, llamado D. Diego, y otro cacique D. Francisco: mandó Ibarra le llamasen á los caciques, que tenía que hablarles, y solo bajó el D. Francisco, diciendo: «señor, ¿á qué vienes? ¿quieres que te maten como á tus compañeros? Yo estoy pronto á servirlos, porque soy amigo de los españoles; pero mis vasa-

llos me han querido matar, porque me negaba á este hecho: quien más los alienta es D. Diego el zacateco, y yo no puedo menos que porque no me maten, concurrir, porque tengo entendido, que si no dejáis la tierra, habeis todos de perecer.» Mandó Ibarra con instancia, le llamasen á D. Diego el zacateco, creyendo que por agasajo le podría reducir, y así le dijo: «¿para qué andais en estas revueltas? dejaos de eso, y bajad de paz, puesto que los españoles no os han hecho agravio; yo os aseguro que si bajáis de paz no se os hará cargo de vuestro alzamiento;» mas el indio, que ya estaba soberbio con la victoria pasada, y se veía engreído con los requerimientos blandos de Ibarra, respondió, tratándole á él y á sus soldados con imperio: «sois unos barbudos, bellacos y calabazos (que es el oprobio mayor, aun hoy, entre ellos) y más lo es D. Francisco que me llamó aquí: idos presto, porque harémos que la tierra os trague; que el aire os arrebatte como á el calabazo: ¡aquí, zacatecos! ¡á el arma amigos! ¡mueran estos españoles! ¡defendamos nuestras tierras! ¡vengemos nuestros agravios! y con un alarido formidable, cuyos ecos resonaban en los valles, dispararon infinitas flechas, y acometían á descender de las albarradas, ántes que los nuestros bajasen á lo llano, que es donde deseaban los pocos soldados cogerles, y nunca los indios quisieron exponerse al peligro, ó porque no estaban todavía convocados todos, ó porque esperaban mejor ocasión. Retiróse Ibarra, y pasó á dar la noticia del mal estado del reino á Oñate, para que se fortificase más la ciudad, porque temió que en breve darían los indios en ella; á cuyo tiempo llegó Villarreal, dando razón de la prontitud con que el Adelantado iba á socorrerles, con lo que cobraron aliento.

CAPITULO XXV.

Trata D. Pedro de Alvarado de ganarles á los indios el peñol de Nochistlan; tiene sangrienta batalla y es desbaratado; despéñase un caballo y le antecoge, y muere del golpe; llega á Guadalajara socorro á México.

1. A largas jornadas caminaba el Adelantado á socorrer la ciudad de Guadalajara; llegó á Tonalá, en donde fué recibido por los indios de Tetlan y comarcas, si no con bailes y festejos, por estar afligidos por las muertes de sus hermanos y deudos, que perecieron en el Mixton, á lo ménos con benevolencia, mostrando el agradecimiento de que fuese á socorrerlos un hombre de tanto nombre, como en el reino tenía Alvarado, ministrándole á él y á sus soldados con abundancia, lo necesario, por haberlo así prevenido Oñate: guiéronle para el paso del río, el que había crecido, por haber sido abundantes las aguas, y en canoas en breve se hallaron de la otra banda: salió Oñate á recibirle, acompañado de la justicia y regimiento de la ciudad: saludáronse con las recíprocas y urbanas atenciones debidas, á entrambos capitanes, como que eran dos de los mayores que habían militado en ambos reinos de la Nueva-España y Galicia: los vecinos y soldados manifestaban la alegría de los unos en llegar á tiempo, y la de los otros, el consuelo de hallarse socorridos: conociéronse algunos veteranos con milites, y otros deudos y amigos: fueron hospedados todos, repartidos en la ciudad á proporción de las cortas fábricas; y el Adelantado, fué á posar á la casa de Juan del Camino, como que esta-

ba casado con Doña Magdalena de Alvarado, deuda de dicho Adelantado.

2. Luego aquel día, trataron los dos capitanes de lo acaecido, y se propusieron medios para el reparo: «á mi me parece, dijo el Adelantado, no se dilate el castigo: vergüenza es, que cuatro gatillos encaramados, hayan dado tanto tronido, que alboroten todo el reino: con ménos gente de la que traigo, sobra para sujetarlos; no hay que esperar más.» Como tenía probado su valor con los indios mexicanos, los de Guatemala y otras provincias, le pareció que ya llegaba el socorro de México, y le confundía la gloria del vencimiento. Sonrojado Oñate, de que el Adelantado atribuyese á poca resolución, el mantenerse sin buscar á los indios, procuró desempeñarse, diciéndole: «no hay que tratar de eso, señor Adelantado, pues debe creerse que todos hacen su deber en lo que es de cargo: yo he procurado cumplir con el mío y en más de diez años de Nueva-Galicia, mayor dificultad tengo experimentada en conservar lo ganado, que en descubrir tierras y en vencer indios: V. S. no conoce á los de este reino de la Galicia: en la Nueva-España había ciudades, pueblos, fábricas, y los indios tenían bienes que defender: en la Nueva-Galicia, los indios son có-mo dice V. S., gatillos, que si de una mon-

taña los bajamos, se encaraman en otra, se hacen fuertes y nos dejan estropeados, sin lograr presa alguna, porque de antemano mudan sus familias á riscos y quebradas, á donde solo como gatos puede el valor darles alcance, como si fueran animales de caza: dice V. S. que la brevedad conviene, y yo lo deseo, pero hay que reparar en el tiempo, porque las aguas tienen la tierra tan cenagosa, que en los valles no es de provecho la caballería, y en los peñales se mantienen los indios seguros de que se les pueda entrar, y aunque á todo riesgo se les avance, no se consigue mas que la gloria de desalojarlos de una sierra, y al punto se empeñolan en otra; y así, me parece será bien que V. S. descansase, pues con solo su presencia estamos favorecidos; y ojalá y ahora nos acometieran los indios, que sin duda fueran desbaratados; pero irlos á buscar en las fortalezas, es exponerlos á ser vencidos; mejor es dejemos pasar el tiempo de aguas, y entonces se les podrá cortar el paso para otras sierras, y será fácil lograr el triunfo.»

3. El Adelantado, con gran resolución, dijo: «que él había de ir con su gente, sin que le acompañase soldado de la ciudad; que en cuatro días quería allanar la tierra, por convenirle embarcarse para su viaje.» Hubo demandas y respuestas, y al fin quedó determinado, que el gobernador quedase en conserva de la ciudad con su gente, y el Adelantado con la suya saliese al combate de los empeñolados. «Temo suceda algun desastre, señor Adelantado, por no aguardar V. S. mejor tiempo y el socorro de Mexico (dijo Oñate); y el Adelantado se fué parando y diciendo: «ya está echada la suerte: en el nombre de Dios, á marchar amigos, cada uno haga su deber, pues á esto venimos.» Oñate hizo protestas, y mandó aprestar su gente, diciéndoles: «dispon-

gámonos para el socorro, que discurro necesario, para los que nos los han venido á dar.» La gente que lleva el Adelantado, la mas era bisoña, sin cuyo embargo, manifestaba su esfuerzo, y alababan la determinación de emprender el Adelantado por sí solo allanar la tierra, dejando descansar á los sitiados de tanto trabajo, como el que habían tenido. Llegaron al Peñol de Nochiztlan, reconocióse la fortaleza, y se halló murada con siete albarradas á mano, sin portillo alguno; y desmontando del caballo el Adelantado, dijo: «esto ha de ser así;» y al punto todos le siguieron con espada y rodela en mano, dejando los caballos al pié del Peñol en poder de los indios amigos, y de algunos escolteros; y al punto fué tanta la piedra manual que arrojaron acompañada de flechas y dardos, que á no retirarse Alvarado y los suyos, quedarán cubiertos de ellas; pues fué tanta, que la primera albarrada quedó destruida, y mudada en acerbos de piedra mas adelante, como que en dicha primera albarrada habían los indios recogido para munición cuanta piedra les pareció á propósito, y mientras los indios resentían por donde eran combatidos, á millares bajaban por ambos cuernos en proporcionada distancia, é iban en el llano formando una media luna para encorrular á los nuestros.

4. Conoció el Adelantado, como diestro, el riesgo, y así, volviendo á montar, formalizó su retirada, desistiendo de su primer intento; y quien antes emprendió la ofensiva guerra, tuvo á buena suerte á poco rato, retirarse defendiéndose; y viendo en lo llano multitud de indios, determinó romperles con el esfuerzo que otras veces, en mayor multitud, lo había conseguido en la Nueva-España, mas al mismo tiempo, advirtió mayor peligro que del que había salido, por los muchos cardones, magueyes,

y lo peor, por los dilatados pantanos y ciénegas que en aquellos llanos había; y así, no eran los soldados señores de los caballos, porque en los atolladeros perecían, por lo que procuró el Adelantado, con gran valor y esfuerzo, sacar su campo. Los indios conocieron la retirada, y salieron al alcance hasta las mujeres y muchachos, alentados con la presa que conseguían de soldados que quedaban en los pantanos imposibilitados de moverse: así pereció á vista de todos, un pobre llamado Juan de Cárdenas, quien sacaba un pié del atolladero, se le quedaba el otro mas arraigado, y esforzándose otros á socorrerle, quedaron del mismo modo, por lo que tomó el Adelantado (desmontando del caballo), hacer rostro á los indios, mientras que los nuestros, por donde hallaban mas tiesa la tierra podían salir; y cuando con grandes trabajos habían caminado tres leguas y salieron á tierra tiesa, cesaron los indios de seguir el alcance; y sin embargo, un soldado llamado Baltasar de Montoya, natural de Sevilla (escribano del ejército de Alvarado, y que despues lo fué de cabildo en Guadalajara muchos años, y murió de ciento cinco), iba de fuga en un caballo cansado, y subiendo una cuesta, espoleaba por adelantarse, temiendo, si se le daba alcance, peligrar; y el Adelantado iba á pié, siempre en la retaguardia, porque siempre por defender á los suyos, ocupaba el lugar mas peligroso; y viendo la fatiga del soldado, le dijo: «sosegaos, Montoya, que parece que los indios nos han dejado;» mas el miedo que había concebido de que su caballo se le estancaba, le hacia espolearle mas, por salir del riesgo, y se le fueron piés y manos al caballo, y dando vueltas por la cuesta, antecogió al Adelantado, dándole tal golpe, que lo dejó sin movimiento. Volvieron los soldados á socorrerle, y luego conocieron el grave peligro en que se ha-

llaba su general; y como los indios que habían seguido el alcance, vieron la suspensión de su fuga, se esforzaron al seguimiento, y en medio de sus fatigas volvió el Adelantado, diciendo: «no es bien que los indios conozcan mi peligro,» y quitándose las armas, y principalmente aquellas que lo distinguían de los demas capitanes, se las dió á uno de ellos con su baston, diciéndole saliese adonde los indios le viesan, y que le imitase, pues de él fiaba; y volviendo á los demas, les ordenó se esforzasen á resistir aquel avance, que ya lo hecho no tenía remedio, que aquello merecía quien llevaba consigo tales hombres como Montoya. Preguntóle uno de sus capitanes qué le dolía, á que respondió: «el alma: llévenme adonde la cure con la resina de la penitencia;» luego aderezaron un pavés, y le llevaron á un pueblo llamado Atenguillo, cuatro leguas del de Yagualica, pueblo inmediato adonde acaeció la desgracia, y fué el dia veinticuatro de Junio de mil quinientos cuarenta y uno.

5. Viendo los indios que los nuestros les arrostraban, desistieron y se retiraron á su peñol; y en el tiempo que todo pasaba, había estado el gobernador Cristóbal de Oñate, desde un montecillo distante, observando lo que pasaba; y viendo el desbarato entre dudoso y resuelto, de si el Adelantado tendría á bien que fuese á socorrerle, se determinó, y por prisa que se dió en buscar por dónde bajar á incorporarse con el ejército, con cuatro soldados que le acompañaban, solo pudo llegar á Yagualica, en donde se le dió noticia del miserable estado en que llevaban al Adelantado para Atenguillo. Ya se deja entender la pesadumbre y celeridad con que trató de ir en su seguimiento, en cuyo camino tuvo extensa noticia del acaecimiento, y del desbarato en el que habían perecido treinta soldados y al-

gunos mas indios amigos. Llegó á Atenguillo, y puéstose en presencia del Adelantado, se miraron ambos enternecidos, y Oñate le echó los brazos sin que en tan largo espacio de tiempo pudiesen hablarse, causando ternura á todos. Y prorumpió el Adelantado: «¿qué remedio hay, amigo? Curar el alma es lo que ahora conviene; quien no quiso crear á buena madre, crea mala madrastra; yo tuve la culpa en no tomar consejo de quien conocia la gente y tierra; mi desventura fué traer un soldado tan vil como Montoya, con quien me he visto en muchos peligros por salvarle, hasta que con su caballo y poco ánimo, me ha muerto. Sea Dios loado; yo me siento muy malo y mortal; por Dios, que con brevedad me lleven á la ciudad para ordenar mi alma.» Condujéronle, y Oñate fué por delante á disponer lo conveniente para su curacion; y habiendo encontrado al Br. D. Bartolomé Estrada, que con seis soldados iba á confesar al Adelantado, le encargó la brevedad, porque temia muriese en el camino; y una legua ántes de entrar á la ciudad, llegó al pavez dicho cura á saludarle, y viéndole Alvarado, le dijo: «sea bien llegado, señor, para el remedio de una alma tan pecadora; ya no se perderá con el favor de la Divina Misericordia;» y sin mas razon, mandó parar el pavez debajo de unos pinos, en donde se confesó con muestras de grande arrepentimiento, y mandó le llevasen; y al cura rogó no se quitase de su lado, y de cuando en cuando, en el camino se reconciliaba con muchas lágrimas.

6. Llegó á la ciudad, de donde le salieron á recibir hombres y mujeres con llanto, especialmente su sobrina Doña Magdalena, en cuya casa fué asistido de todo el lugar: se le administraron los Sacramentos, y ordenó su testamento, cerrado ante Diego Hurtado de Mendoza, escribano públi-

co, el que tambien se autorizó por Baltasar de Montoya, escribano de su armada, y firmaron como testigos D. Luis de Castilla, Fernando Flores, Francisco de Cuellar, Alonso Lujan y Juan Mendez de Sotomayor; mandó que si muriese, volviesen sus capitanes la armada á Guatemala, y la entregasen á su mujer, Doña Beatrice de la Cueva; mandó que los capitanes de las fronteras de Tzapotlan, Autlan, Etzatlan y Chapala, no las desamparasen, hasta que el Sr. virey D. Antonio de Mendoza lo mandase, y que en el interin no desamparasen la tierra; ordenó que su cuerpo se depositase en aquella parroquial, de donde le trasladasen al convento de Tiripitio (que es de religiosos agustinos de la provincia de Michoacan), de donde fuese llevado al convento de Santo Domingo de México; nombró por sus albaceas al Illmo. Sr. D. Francisco Mayorquin, obispo de Guatemala (con quien tenia comunicadas sus cosas), y á D. Juan Alvarado, vecino de México, que despues fué religioso agustino en aquella provincia, y murió con opinion de santidad.

7. Despidióse el Adelantado de todos para morir, y á Oñate dijo: «he cumplido, señor, la palabra que os dí, de que primero me faltaria la vida que desamparase el reino; ya se abrevia mi partida; ahora es tiempo, dijo al cura, de que vd. no me deje;» pidió perdon á todos y abrazado con un Santo Cristo, espiró el día cuatro de Julio de dicho año de cuarenta y uno, habiendo un día ántes, segun dice el Padre Tello, siguiendo á otros, llovido sangre en Toluca. Fué su muerte llorada, no solo de sus soldados, sino de todos los de la ciudad, hombres y mujeres, por sus prendas y porque por socorrerles perdió la vida: enterróse en la iglesia, á la mano izquierda, en una capilla de Nuestra Señora, y despues, á su tiempo, se hicieron las traslaciones que or-

denó de su cuerpo á Tiripitio, á México y á Guatemala, en donde yacen los huesos de tan heróico capitán. Unos dicen murió hácia el puerto de la Navidad, cerca de un pueblo nombrado Pochitlan ó Xuchitlan de que no hay memoria; y parecido á éste pueblo en el nombre, hay otro cerca de Atenguillo, de que pudo nacer la equivocacion, por haber sido el puerto de la Navidad adonde arribó la armada de dicho Alvarado, y dista setenta leguas de una á otra parte. La otra opinion es de que murió en Etzatlan, entre Guadalajara y Compostela, y que la desgraciada muerte de un caballo, habia sido en el cerro de Mochitiltic; y el fundamento nace, de que en este paraje cayó de un caballo en otra batalla anterior, el Lic. Diego Perez de la Torre, gobernador del reino de la Galicia, quien no se enterró en Etzatlan sino en Tetlan, como ya vimos. Ya he referido por menor hasta los testigos del testamento otorgado por el Adelantado Alvarado, por fundamentar lo cierto, que ha constado de los archivos de la ciudad de Guadalajara.

8. Al mismo tiempo, el virey D. Antonio de Mendoza dispuso el remitir cincuenta soldados de socorro, á cargo del capitán Juan de Muncibay, todos de á caballo; y ántes que llegasen, hubo en la ciudad de Guadalajara algunos debates entre los pocos soldados de la ciudad y los de Alvarado, porque como estos vieron que el teniente de gobernador, Cristóbal de Oñate, se habia subordinado al Adelantado, quisieron disponer en cosa de la guerra á su arbitrio, y Oñate, con prudencia y tambien con resolucion, les dijo: «que de una vez se determinasen, ó á quedarse en la ciudad, ó á volverse; pero que de quedarse, estuvieran en la inteligencia de que él habia de gobernar, á cuya proposicion á una voz dijeron se irian, porque en la Galicia solo podia esperarse gran peligro y poca medra; así lo hicieron, excepto doce, que atraidos del buen estilo de dicho Oñate, fueron de

parecer contrario, por lo que me ha parecido conveniente no omitir sus nombres, y fueron: Antonio de Aguiar, Diego Delgadillo, Juan Bellosillo, Juan Cantoral Francisco y Diego Bastidor, Cristóbal de Estrada, Alonso de Vera, Juan de Virierso y su hijo Tomás, Pedro Rodriguez y Pedro de Céspedes, que con los vecinos compusieron el número de treinta y cinco soldados. Luego despachó correo al virey, dándole noticia de la muerte de Alvarado; de la resolucion de sus soldados; del número con que se hallaba; y le suplicó mandase que los de las fronteras no se fuesen, como pretendian, porque con solo mantenerse, daban socorro, y bastaba para que los pueblos que estaban de paz, se conservasen en ella. Llegó Muncibay á Guadalajara con cincuenta de á caballo, con cuyo socorro se mitigó el desconsuelo de la ida de los otros. Llegó la triste nueva de la muerte de Alvarado á México, y de cómo los indios quedaban mas soberbios por las victorias que contaban, y cómo iba cogiendo mas cuerpo el alzamiento. Causó grande sentimiento á los que conocian al Adelantado, y se extendia á los que por noticias y buen nombre, sabian su valor y esfuerzo, y aun entre los indios causó novedad que les inquietaba, porque decian que era muerto el hijo del sol, y que si los toches y cascates (villanaje de los mexicanos, que por rústicos dejaron sus antepasados en los valles de Xuchipila, Tlatenanco, Teocualtichi, Teul y Nochitlan), habia muerto al que tenian por inmortal; ellos que habian sido valientes guerreros, quedaban mal si no consumian á los españoles, y mas cuando ya por experiencia iba saliendo cierto el buen anuncio del calabazo, pues tantas victorias iban teniendo, y este rumor hubiera cogido cuerpo, si el virey, con el motivo de socorrer á la Galicia, no hubiera puesto en arma á todo México, lo que fué bastante (con otras prudentes providencias), para aquietar los ánimos de los indios de la Nueva-España.